



ASOMBRO A EDAD MADURA

POR TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

“Con el tiempo vamos acumulando “asombros”, pero ello no inhibe la llegada de otros que se manifiestan a edad madura, tal vez menos espectaculares, pero no menos sorprendentes.”

pág. 14

OPINIÓN

Es frecuente escuchar la desalentadora frase “con el envejecimiento se pierde la capacidad de asombro”, lo que ha llevado a que mucha gente sienta que tiene instalado un “asombrómetro”, suerte de reloj o calendario humano, que les va entregando mediciones permanentes de su paso por la vida, generalmente aceptadas sin réplica, pero sin análisis. Yo sostengo, en cambio, que con el tiempo vamos acumulando “asombros”, los que difícilmente nos volverán a sorprender cuando vuelvan a ocurrir, pero que ello no inhibe la llegada de otros que se manifiestan a edad madura, tal vez menos espectaculares, pero no menos sorprendentes.

Hace casi treinta años, mi querido y prematuramente desaparecido amigo Abraham Stekel, distinguido pediatra del INTA, consiguió financiamiento internacional para dirigir un proyecto destinado a incorporar hierro en el desayuno escolar de los niños de jardines infantiles y en la leche en polvo de los lactantes. El rigor de su investigación hizo necesario un acopio enorme de información, para cuyo procesamiento solicitó mi colaboración. Programamos trabajar los sábados en la tarde en mi oficina.

Mi privado, en el segundo piso, tenía una ventana hacia un parrón en el

patio interior, donde estaba instalada una mesa de comedor que usábamos para almorzar durante los meses de verano. Al fondo del patio, habíamos construido una casa de cuidador, camuflada, que se incrustaba en el garaje. En ella vivía Eduardo Godoy, su esposa Sara y su hija Luisa, que llegaron a nuestra oficina por esos mismos años. Eduardo, sin más preparación que la que le dio su permanente observación del trabajo de su jefe, llegó a ser tornero de un taller de mecánica de precisión, hasta que por motivos de salud se le concedió una jubilación anticipada que le hizo abandonar esa actividad, siendo acogido por nosotros. Su notable eficiencia se complementaba con un accionar silencioso, casi imperceptible, que sólo se interrumpía cuando alguien le dirigía la palabra. Su respuesta tenía la extensión de una o dos sílabas, pero siempre precisas.

Un sábado observábamos cómo se instalaba en la mesa de comedor bajo el parrón, con sus gruesos anteojos, una lupa, varias herramientas minúsculas y un reloj. Nosotros lo veíamos, pero él no se percató de nuestra presencia. En media hora, la mesa era un enorme despliegue de pequeñas piezas, dispuestas en perfecto orden, que correspondían a un vaciado total del contenido del reloj. Una hora más tarde, todas es-

taban nuevamente en el interior del reloj, funcionando perfectamente. Abraham era el más impresionado y me dijo: “Es fantástico observar en acción a estos tipos excepcionales, cuyo talento nos hace recuperar la capacidad de asombro”.

Se podría escribir un libro de cientos de páginas con ejemplos similares, relacionados con capacidades sorprendentes de individuos que, de acuerdo a los parámetros corrientes de calificación, no reunirían las condiciones para realizar la tarea que nos muestran en forma casi milagrosa. Entre otros, las de los “maestros chasquillas”; los “mecánicos del alambrito”; los “malabaristas de las esquinas” de todas las ciudades del país; los poetas y cantantes callejeros; los pianistas y músicos en general, que no saben leer un pentagrama, pero que cantan y tocan “como los dioses”, y tantos otros. Garrincha, el célebre futbolista brasileño de los mundiales de 1958 y 1962, fue rechazado por el entrenador del equipo al que quiso incorporarse siendo un joven de quince años, por tener la piernas chuecas, en circunstancias que esa fue, a la postre, su principal arma para ganar cientos de batallas deportivas.

He llegado a pensar que Chile podría ser un país exportador de malabaristas circenses. Baste observar

los miles de jóvenes que se instalan en las esquinas y que realizan acrobacias de la más diversa índole, que muchas veces molestan a los conductores de automóviles, pero que no por ello dejan de ser sorprendentes. Me pregunto si esa es una habilidad particular de nuestro país o si, debido a las circunstancias, surgen los talentos escondidos. ¿No será posible que muchas otras manifestaciones de talentos ocultos se encuentren en el anonimato, debido a que no han tenido acceso a una "esquina" para su "alumbramiento"?

Han pasado casi treinta años, pero siempre hubo un "treinta años antes", al igual como el presente lo será en treinta años más. En este presente al que estoy haciendo mención, surge el atrevimiento, o tal vez el talento, de los niños en el área tecnológica, que no somos capaces de interpretar con los cánones estructurados que hemos adquirido de una sociedad que no admite la sorpresa como una variable de confianza.

Hace algunos días conversaba con un sobrino que está a cargo de la sección "Marcas nuevas" de una importante empresa de retail nacional, respecto de la dificultad con que me había encontrado para interpretar el Manual de Operaciones de una máquina fotográfica digital que nos regalaron nuestros hijos.

-Tío, me dijo, si para usar la máquina se necesita manual, yo no recomiendo su compra.
-¡SAS!, fue mi breve respuesta.

Me quedé pensando y dándole vueltas al tema y me di cuenta de que los niños y jóvenes de hoy toman con el mayor desenfado artefactos electrónicos que nosotros, los mayores, manipulamos como si

se tratara de una joya muy valiosa y muy delicada. Los computadores, que hace treinta años no eran "personales", se mantenían en ambientes aislados, con control de temperatura y humedad, con acceso restringido y con costos de alquiler (ni pensar en adquirirlos) que los hacía aparecer como "templos sagrados". Si se descomponía el acondicionador de aire, por ejemplo, se paralizaba el mundo mientras venía el técnico a componer el artefacto, como si se tratara de un enfisema pulmonar.

Me excuso anticipadamente por el uso de siglas y acepciones en inglés impuestas por el pragmatismo de dicha lengua, que ha encontrado un fértil terreno en el área tecnológica. Sólo observo que en Francia, con su "logicielle", para sustituir la palabra "software" y en España, con su "ordenador", para no heredar el "computer", mal traducido a "computador", han intentado ir en contra de esta penetración, pero dudo del éxito alcanzado, salvo en esferas muy locales.

Hecho este alcance, paso al tema que motiva este paréntesis: Hace algunos meses, preparando una charla sobre sistemas caóticos, me encontré en "YouTube" con un par de videos magníficos, los que ilustraban muy bien los aspectos teóricos que pensaba desarrollar en la charla. Sin embargo, consideré arriesgado invocar Internet durante la presentación, por lo que decidí pasar el video a un archivo en formato "mpg", "avi" o similar, que podría pegar fácilmente en mi presentación en Power Point. Obviamente, no pude, por lo que pedí auxilio a un colega más joven de nuestra empresa, quien logró generar una versión "flv" e instaló en mi equipo el software "RIVA", adecuado para reproducir archivos de ese tipo. ¡Excelente!, exclamé alborozado, y pa-

rodiando -pero al revés- al Presidente de los Estados Unidos en el primer alunizaje del hombre, consideré que "había dado un pequeño paso para la Humanidad, pero inmenso para mí".

Ocurrió que ese fin de semana, cuando revisé mi charla, encontré que le faltaban más animaciones, pero no me pareció justo molestar al colega en un día festivo ni menos quitarle horas con mi capricho. En ese momento pensé en mi nieto mayor, Joel, de quince años, quien siempre sabía todo lo relativo a computación, video juegos, cámaras fotográficas, reproductores mp3, mp4 y mp"n", donde "n" -por razones comerciales- crece sin barreras. Lo llamé y le dije:

-¿Puedes pasar un video de YouTube a un formato compatible con Power Point?

-No veo cuál es el problema, me respondió con un dejo de sorpresa de que su abuelo, catedrático por decenas, le preguntara cosas tan elementales. -Mándame las páginas de Internet, me dijo luego.

Se las envié y en media hora tenía dos correos: el primero traía los cuatro videos en formato "avi" y el segundo, cuatro líneas de instrucción, para que en el futuro pudiera manejar solo.

Lleno de curiosidad, lo llamé y le dije:

-Joel, ¿cómo lo hiciste?

-Muy fácil. Desde Google puse "de YouTube a avi" y me aparecieron cientos de respuestas. Tomé la primera de todas y lo hice.

-¡SAS!, otra vez.

Creo que Joel, más allá de lo afectivo, debe sospechar que mi CI no tiene más de dos dígitos. Tal vez, por ese motivo, mi nieto me pueda conceder un modesto "upgrade", lo que con seguridad sería para mí un real "asombro a edad madura." 